

ONIEVA, F.: *Las ventanas de invierno: primores de la vida.*

---

El libro que marca el inicio de la madurez poética de Francisco Onieva, *Las ventanas de invierno* (XXI Premio de Poesía Cáceres Patrimonio de la Humanidad, 2008), posee ya un universo y un lenguaje propio, que huye de altisonantes trascendencias, para centrarse en lo que *Azorín* llamaba “primores de lo vulgar”, y otros autores del 98 como Unamuno, “la intrahistoria”. La estética, lo más valioso de la vida, no está en las gestas engañosas de grandes personajes, ni en altas instituciones de dudosa justicia, sino en el íntimo heroísmo de las personas anónimas en cualquier comarca de sorprendente belleza.

La lúcida poesía de Francisco Onieva, ya dueña de sí misma, se incardina por tanto en el tronco más auténtico de la literatura española y occidental, filtrando a su manera algunos de sus poetas preferidos, como Quasimodo, Bonnefoy o Kavafis, en un lento proceso de gestación, como los dos años y medio que han ocupado la redacción de este libro; un tiempo tan precioso como meritorio, en el que ha madurado un buen fruto.

El menester de la verdadera poesía es una labor lenta, donde cada poema surge del espíritu en un momento inesperado, una vez que ha pasado la experiencia por los sótanos y las galerías del alma. “Pues en suma —ya lo decía Manuel Machado es mi sangre la que destila por mi pluma.” Y así lo ha venido haciendo Francisco Onieva desde sus libros anteriores, *Los lugares públicos y Perímetro de la tarde* (Accésit del Premio Adonáis 2007), hasta alcanzar en *Las ventanas de invierno* la soltura simbólica y el lenguaje depurado de un nuevo representante en España del Parnaso intimista.

Esos primores de lo cotidiano en realidad no están en cualquier parte, sino que pertenecen a las facetas más profundas de la vida, aunque estén tan cerca de nosotros que a veces no sepamos apreciarlas, y necesitemos la sensibilidad de un verdadero poeta que nos las recuerde. Se hallan en los delicados matices de la naturaleza, y sobre todo en el tesoro nunca bien valorado de la propia familia.

Onieva encontró los primores de la naturaleza en la comarca de Los Pedroches, donde vive y trabaja; unas tierras de humilde pero apabullante belleza que sin duda le han llegado al alma... o como diría Antonio Machado, quizá ya estaban en el fondo de ella. En esa hermosa y apartada comarca, la sensibilidad poética de Onieva ha asimilado los detalles cromáticos del paisaje y las puestas de sol, los sonidos de los pájaros y las sombras de las nubes que pasan.

De Los Pedroches ha sabido destilar Onieva la intrahistoria, los dramas callados de unas vidas con verdadero heroísmo, expresados en un lenguaje sobrio y simbólico, lejos de toda estridencia efectista (la tentación del mal poeta). Precisamente por eso resultan conmovedores los poemas iniciales, tratando algunos de ellos el tema del Alzheimer (*Un hombre mira la lluvia*, *Los relojes de sombra*), o el cáncer (*Nocturno*), con la sobriedad del respeto y una oculta sensibilidad anonadante.

Y ese marco de pureza natural, donde parece que aún el pecado original no se ha producido, es el que ha elegido Onieva para formar su familia. El amor a la mujer, el amor a la hija, cobran un sentido nuevo, más intenso si cabe, vividos en una tierra de sentida poesía. Así se explican también algunos de los bellísimos poemas finales del libro, como *Nubes de invierno*, *Amanece* o *Mi casa*, donde los recuerdos familiares, de fino erotismo y amor paternal, se funden con un paisaje de encinas y álamos, de hogar y camino, que constituyen una cima poética muy difícil de alcanzar por otros cauces.

Todo ello con un lenguaje muy cuidado, en versos blancos pero medidos, donde predominan pentasílabos y heptasílabos, pero también alejandrinos y otras métricas, para ajustar la imagen a la expresión exacta. Y son frecuentes los encabalgamientos, que refuerzan el significado de la escena, con un toque vanguardista heredero del creacionismo, que logra un equilibrio virtuoso con las formas por lo general clásicas y el contenido sereno.

Así que este cofrecillo de poemas está lleno de piedras preciosas, preñados símbolos como la lluvia, salvífica y amnésica, e imágenes deslumbrantes aquí y allá cuando se lee con atención. Valga un ejemplo que nos recuerda al Antonio Machado en *Soledades*: “Detrás de la ventana/ el sol/ hila su último violeta.”, del poema *Las ventanas de invierno*, que da título a un libro pródigo en sobrias imágenes deslumbrantes, aptas para los espíritus más exigentes de esta época prosaica, de discurso huero y dinero fácil.

Asomémonos, pues, a estas *ventanas de invierno*, como quien descubre un tesoro largamente escondido, el libro de un auténtico poeta cuya verdadera trascendencia aún está por valorar en la república de nuestras letras. Pues la poesía certera no se refiere simplemente a los primores de lo cotidiano, sino que, arribando las simas de la enfermedad y la muerte, con las armas del amor y la belleza, nos enseña los primores de la vida.